

Lecturas anarquistas de la revolución rusa

Roberto Pittaluga

UBA / CeDInCI

En 1927, en oportunidad de hacer un balance de las últimas tres décadas de actuación del anarquismo en la Argentina, Diego Abad de Santillán no dudaba en resaltar la intensidad con que, en los tres o cuatro años inmediatamente posteriores a 1917, los militantes libertarios habían abrazado la revolución rusa, hasta el punto de hacerles pensar que, en virtud de los acontecimientos que siguieron al levantamiento ruso en varios lugares del globo, la revolución estaba próxima incluso en estas latitudes. Si esta suerte de contagio revolucionario que alteró los horizontes de expectativas del anarquismo argentino es una marca indeleble que perdura en esa mirada retrospectiva de Santillán casi diez años después, la misma es contrastada por la evaluación que a esa altura le merece la recepción de la revolución rusa en los grupos libertarios: su único efecto destacable habría sido el vuelco de muchos e importantes militantes hacia otras corrientes políticas, y por ello perdidos para la verdadera causa revolucionaria.¹

Este contraste tan evidente en la pluma de una de las figuras más influyentes del anarquismo local, que no ocultaba cierta decepción entre las promesas abiertas y el derrotero final de la república de los soviets, permite apreciar momentos distintos y también divergentes en las lecturas anarquistas del proceso revolucionario ruso. Dichas lecturas estuvieron atravesadas por determinaciones de distinto orden. Por un lado, las consideraciones políticas y teóricas que se hicieron del fenómeno ruso estuvieron sesgadas por las representaciones y conceptualizaciones preexistentes de la revolución, las cuales, sumadas a la coyuntura sociopolítica argentina y a las mismas prácticas del anarquismo local, conformaban el *contexto de reconocimiento* de la revolución rusa. Por otro lado, el acontecimiento revolucionario conmovió los imaginarios y las formulaciones previas: interpretar la revolución rusa era también interrogarse sobre los mismos presupuestos teóricos y políticos de las prácticas locales, sobre su plasmación en representaciones e imágenes y aun sobre la conformación de determinadas identidades. La revolución rusa se constituyó entonces como un desafío a la vez teórico y político que obligó a reformulaciones, a nuevas afirmaciones o, al menos, a nuevos fundamentos para viejas conductas e identidades.

¹ Diego Abad de Santillán, "La Protesta. Su historia, sus diversas fases y su significación en el movimiento anarquista de América del Sur", en *Certamen Internacional de "La Protesta"*, Buenos Aires, La Protesta, 1927.

Las primeras recepciones y los desafíos implícitos

La revolución que tenía lugar en Rusia fue objeto de atención de numerosas miradas que, más allá de las diferentes apreciaciones que motivara, eran coincidentes en un punto: su significación mayor para el nuevo rumbo histórico que se creía había abierto la Primera Guerra Mundial.² En tanto el anarquismo se constituyó como una de las corrientes revolucionarias de la modernidad en la que –para decirlo en palabras de Michael Löwy– el componente romántico, utópico y restaurador a la vez, se desplegó con más potencia,³ las primeras recepciones de la revolución rusa en las filas libertarias tendieron a destacar lo que pensaban eran sus atributos utópicos y redentores.

De tal forma, un rasgo que matrizó estas primeras lecturas e interpretaciones consistió en ubicarla como momento culminante de un multiseccular proceso de lucha por la emancipación que entre sus jalones previos podía contar tanto a la revolución francesa como a la comuna parisina –sin que faltaran por cierto quienes decidían llevar sus antecedentes hasta el Renacimiento–. Si estos acontecimientos servían como acervo conceptual e histórico para la interpretación del que ahora tenía lugar, al mismo tiempo su invocación instituyó, en el mismo proceso interpretativo, una genealogía de un movimiento de emancipación universal que en los sucesos que te-

nían lugar en Rusia había llegado a su cenit: la revolución rusa era, así, el momento y el lugar del (re)encuentro con una naturaleza humana perdida cuyos rasgos más eminentes eran la libertad y la igualdad.⁴

Este carácter redentor proyectado sobre la revolución de los soviets si bien permitía conservar, aunque alterada, esa dimensión progresista de la historia de la que se nutrió el anarquismo, al mismo tiempo le otorgaba un estatuto que la convertía en un nudo de la historia, y como tal imponía una reconsideración del pasado y del futuro. Para quienes, como el grupo editor de *La Protesta*, explicaban que la revolución rusa era “[...] el aplastamiento total del régimen estatal por el gobierno de sí mismo”, y que el final del largo camino estaba ya al alcance de los pueblos, no había duda que el presente se constituía en bisagra clave de la propia historia, fijando un antes y un después.⁵ De tal forma, leían en la revolución rusa una ruptura epocal abismal: “Este mundo que nace será edificado sobre los escombros del viejo mundo sin valerse de ningún material usado para que su solidez sea bien cimentada”.⁶ La entidad que así se le otorgaba a la revolución rusa sólo podía ser plasmada integralmente por medio de imágenes que apelaban a las fuerzas de una naturaleza desatada: la “tormenta revolucionaria”, el “incendio social” que recorría el mundo, eran las figuras apocalípticas utilizadas para dar cuenta de la inequívoca señal de que “una nueva era [...] pugna[ba] por nacer a la luz de los siglos”; así planteada, la revolución era una irrupción en la historia, era “el Ideal en marcha”, una entidad autónoma e inde-

² Véase Tulio Halperin Donghi, *Vida y muerte de la república verdadera (1910-1930)*, Buenos Aires, Ariel, 2000.

³ Michael Löwy, *Redención y utopía. El judaísmo libertario en Europa Central*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1997; Löwy retoma las elaboraciones de Karl Mannheim en *Ideología y utopía*, México, FCE, 1993. Para el imaginario del anarquismo de la Argentina, véase Roberto Pittaluga, “Un imaginario utópico-restaurador en el anarquismo de la Argentina”, en *El Rodaballo. Revista de política y cultura*, Buenos Aires, No. 11/12, primavera de 2000, pp. 74-77.

⁴ Véanse varios artículos en este sentido en los números de *La Protesta* del 11, 13 y 14 de noviembre de 1917; 4 de diciembre de 1917 y 17 de febrero de 1918.

⁵ “La Revolución Rusa y su influencia moral”, en *La Protesta*, 17 de febrero de 1918, p. 2.

⁶ Santiago Locascio, *Maximalismo y anarquismo*, Buenos Aires, Atilio Moro, 1919, p. 46.

pendiente de los sujetos que la promovían, reproduciendo ese acento trascendental propio del sentido moderno de revolución.⁷

Al designar el momento que los acontecimientos soviéticos inauguraban como el inicio de una nueva época histórica –y por tanto la dimensión mundial de la revolución era no sólo incuestionable sino un directo derivado de la caracterización propuesta–,⁸ los escritores anarquistas realizaban una operación discursiva destinada tanto a mostrar la cisura histórica como a entroncarla, implícitamente, con el pensamiento y la práctica ácratas. Las intervenciones que buscaban edificar una interpretación sobre los acontecimientos que tenían lugar en Rusia, además de tener como objetivo confrontar con las rivales, se proponían otorgarle un sentido histórico que revirtiera en términos legitimantes sobre las actuaciones locales de los revolucionarios anarquistas. La significación de la revolución rusa como “ruptura epocal” constituía la prueba fehaciente de la más vasta transformación del orden mundial ya anunciada por los profetas del anarquismo, por lo que el *corpus* libertario sobre la revolución adquiriría un signo confirmatorio y relegitimante. Por otro lado, estas recepciones de la revolución rusa que destacaban la ruptura del tiempo histórico a partir de concebirla como generadora de una alteridad absoluta entre el pasado y el futuro, se correspondían con una gestualidad revolucionaria afincada en posiciones principistas atravesadas a su vez por énfasis morales sobre la acción, todo lo cual trazaba con meridiana claridad los perfiles identitarios de esa franja de la izquierda –frente a las clases dominantes,

pero también frente a socialistas y sindicalistas, y desde ese momento también frente a los “comunistas políticos”–.⁹

El acontecimiento revolucionario que marcaba el inicio de un nuevo calendario posibilitaba también puntos de fuga perspectivistas hacia el pasado y hacia el futuro, motivando un reexamen que promovía la formulación de un nuevo espacio de experiencia mediante la resignificación de los acontecimientos pretéritos a través de la proyección de nuevos horizontes de expectativas.¹⁰ Estas modificaciones de los “pronósticos” influyeron en la lectura de los acontecimientos locales por parte de muchos anarquistas. El aumento de la conflictividad social, la presencia de la clase obrera como sujeto de envergadura en esta coyuntura, alentaron esas lecturas “anhelantes” de emancipación y la misma conflictividad local fue vista a través de la lente de la revolución mundial ya iniciada. Más aún, la democratización recientemente iniciada en la Argentina, que imponía al anarquismo un terreno para el debate y la acción en el que mostrarían dificultades crecientes, fue raudamente descalificada ya no sólo desde los principios anti-políticos sino desde la experiencia de la democracia en la Rusia del Gobierno Provisional, la cual había fracasado, argumentaban los escritores ácratas, por estar imposibilitada de resolver los problemas del pueblo.¹¹

⁷ “El Ideal en marcha”, en *La Protesta*, 17 de febrero de 1918, p. 2; véase también *Tribuna Proletaria*, No. 30, 31 de agosto de 1919, p. 1. La dimensión trascendental del concepto de revolución en la modernidad es señalada por Reinhart Koselleck en *Futuro Pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.
⁸ Véase, por ejemplo, *Tribuna Proletaria*, No. 32, 3 de septiembre de 1919, p. 1.

⁹ La intransigencia como normativa de las acciones anarquistas ha sido suficientemente resaltada; para un estudio reciente de la cultura anarquista en la que se examina esta dimensión de las prácticas e ideas libertarias, véase Juan Suriano, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001. Para las disputas por el sentido del término comunismo luego de la revolución rusa, véase Roberto Pittaluga, “Los significados del comunismo o la lucha por el nombre”, en *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, vol. 6, No. 17, Buenos Aires, diciembre de 2001.

¹⁰ Véase Reinhart Koselleck, *op. cit.*

¹¹ “De la Revolución. La dictadura del proletariado”, en *La Protesta*, 5 de marzo de 1919, pp. 1 y 2.

De tal forma, durante este primer momento (1917-1919), a medias obnubilados por sus deseos y a medias por encontrar respuestas a desafíos de orden local, los principales voces del anarquismo se embarcaron en la exaltación de la revolución rusa, incluso tomando de ella aspectos difícilmente compatibles con el ideario ácrata y con las imaginaciones libertarias preexistentes de la revolución —al menos en sus formulaciones decimonónicas—. Al dotar a dichos aspectos de su específica experiencia de la legitimidad de una revolución efectivamente realizada, la revolución rusa actuaba como una nueva referencia histórica, y esta referencialidad para el movimiento revolucionario corría el riesgo de erigir el particular derrotero ruso en el modelo que los revolucionarios de otras tierras debían emprender si querían triunfar.

En esta senda, el entusiasmo que se desprende de las escrituras ácratas sobre la revolución rusa —prolongadas en una euforia política en torno de las posibilidades de una revolución en la región rioplatense— no derivaba tan sólo de las lecturas catastrofistas, sino también de aquellas que asignaban un desmesurado peso a la élite de los revolucionarios. Lecturas del “maximalismo” en clave vanguardista que comenzaban a perfilar un modelo de revolución en el cual, a través de un giro que no era del todo ajeno al anarquismo, la confianza en las virtualidades de la élite dirigente opacaban todo rol autoemancipador de las masas, a la par que el proceso revolucionario era concebido según los criterios de una estrategia de toma del poder, de encubramiento de dichas élites para, desde la cima, destruir lo viejo y construir el nuevo orden.¹²

¹² “La Revolución Rusa y su influencia moral”, en *La Protesta*, 17 de febrero de 1918, p. 2. Que las élites más que las masas eran el sujeto de la revolución puede verse en la obra utópica de Pierre Quiroulet, *La ciudad anarquista americana. Obra de construcción revolucionaria con el plan de la ciudad libertaria*, en Luis Gó-

mez Tovar, Ramón Gutiérrez y Silvia Vázquez, *Utopías libertarias americanas*, vol. 1, Madrid, Fundación Salvador Seguí/Ediciones Tuero, 1991.

En igual sentido, no resulta extraño que la controvertida figura de la “dictadura del proletariado” fuera también rápidamente incorporada como parte del legado de la revolución rusa en la prédica ácrata:

La dictadura del proletariado, primera consecuencia de la revolución social, instrumento de progreso que emplean los pueblos para destruir todos los anacronismos sociales y que servirá de base a una organización basada en el principio humano de la producción libre y el libre consumo.¹³

Este régimen era concebido no sólo en términos transicionales sino que se mantenían presentes las claves destructoras de la revolución: el objetivo de la dictadura del proletariado no era otro que la destrucción de la vieja sociedad.¹⁴ Pero además no era esta dictadura un producto exclusivo del itinerario revolucionario ruso, sino una etapa necesaria e inevitable para toda revolución, como razonaba Emilio López Arango cuando decía:

[...] la dictadura constituye la esencia, el fundamento de todo gobierno y en el período revolucionario, la dictadura es necesaria, ineludible para destruir las fuerzas de la oposición y matar el espíritu conservador acomodaticio de la clase productora.¹⁵

La necesidad de la dictadura era planteada tanto como instrumento para enfrentar a la

¹³ “De la Revolución. La dictadura del proletariado”, en *La Protesta*, 5 de marzo de 1919, pp. 1 y 2.

¹⁴ Emilio López Arango, “Características esenciales de la revolución rusa. Las teorías frente a la realidad de los hechos”, en *Nuevos Caminos*, publicación quincenal del Centro Cultural y Artístico “Nuevos Caminos”, Avellaneda, No. 5, 20 de septiembre de 1920, p. 7.

¹⁵ “El sentido histórico de la Revolución”, en *La Protesta*, 9 de diciembre de 1919, p. 1. Véase también el citado artículo de *La Protesta* del 5 de marzo de 1919.

burguesía como a la apatía de los mismos trabajadores (una dictadura, entonces, *sobre* el proletariado).

Al ser el aniquilamiento de la sociedad pre-revolucionaria el elemento distintivo de la dictadura obrera, López Arango podía, además, despojar de todo “sentido político” al gobierno soviético, presentándolo como una estructura piramidal de gremios y apelando, al igual que lo hiciera Ingenieros, al concepto de democracia funcional para calificar al “gobierno de los soviets”. Aducía que dicho sistema, al que denomina “Estado-sindicato”, era la representación de “voluntades e intereses concordantes” justamente por ser “una federación de sindicatos” que representaba “a todos los trabajadores en su diversidad de oficios”.¹⁶ Que el reputado dirigente asturiano pudiera aglutinar, en la figura del “Estado-sindicato”, las ideas de la federación de asociaciones libres con el Estado surgido de la revolución, que no evidenciara preocupación por analizar la diferencia entre soviets y sindicatos, refleja con bastante nitidez la profundidad del atractivo que la insurrección rusa causó en las filas libertarias. A su vez, pareciera que el objetivo de la intervención de López Arango se despliega en dos vertientes: por un lado, debatir con la franja anarquista que a esa altura ya era crítica de la revolución bolchevique, y sus dardos se dirigen, entonces, a los “antorchistas”, a los que confronta invocando la realidad como campo de prueba y de eventual rectificación de las ideas. Por otro lado, pretende evitar una identificación entre la revolución rusa y el recién formado Partido Socialista Internacional (que luego cambia su denominación a Partido Comunista, Sección Argentina de la Tercera Internacional).

Estas primeras recepciones de la revolución rusa por los anarquistas rioplatenses dis-

taban de construir una interpretación que sobrepasara aquellas nociones e imágenes de por sí imprecisas que caracterizaron las concepciones e imaginaciones previas de la revolución social. Tampoco parecían preocuparse en demasía por construir un análisis coherente en sí mismo y con los principios anarquistas, sino que el esfuerzo principal consistía en un ejercicio de construcción de sentido para los nuevos elementos que la realidad revolucionaria aportaba al proceso histórico, de forma de integrarlos en lo ya sabido sobre la revolución, como una ratificación en la historia de lo dicho y hecho por el anarquismo. Pero si bien los enfoques vanguardistas y aun la aceptación en clave destructora de la dictadura del proletariado podían conjugarse con una revolución social entendida básicamente como consecuencia de una revolución moral e ideológica que acacería mesiánicamente, al mismo tiempo la revolución en Rusia implicaba la puesta en debate de un conjunto de problemas con el que el anarquismo tendría que enfrentarse, y que importaba una puesta en entredicho a sus imaginarios sobre la revolución. Entre tales problemas contaban en no menor medida componer una explicación de todos aquellos aspectos cuya notoria continuidad desdibujaban el imaginario mesiánico y apocalíptico de la revolución. Pues si la revolución era conceptualizada como un corte absoluto con el pasado, sin elementos antiguos que pudieran subsistir en la sociedad revolucionaria, la dificultad estribaba en explicar, entre otras cuestiones, la permanencia del Estado y de la política –sin mencionar, por ejemplo, los antagonismos de clase, nacionalidad o género—. Junto con esas perduraciones emergían elementos tanto o más perturbadores para el pensamiento ácrata: los problemas de la organización política, de la relación entre vanguardia y movimiento de masas, del sujeto de la revolución y aun del momento de la transición no sólo eran cuestiones que el anarquis-

¹⁶ Emilio López Arango, “Características esenciales de la revolución rusa. Las teorías frente a la realidad de los hechos”, cit., p. 8.

mo había eludido sistemáticamente –más allá de formulaciones generales–, sino que su inscripción en la prédica y la doctrina libertaria no era posible sin una revisión de ese mismo credo. Quizás lo más notable era que la revolución rusa parecía imponer una doble definición: por un lado, se constituía en una intervención que reconstruía la vieja –y nunca suficientemente revisada– dicotomía reforma/revolución a partir de la adhesión incondicional o el rechazo frontal de la experiencia y el proyecto bolchevique (situación que se profundiza con los famosos 21 puntos de la Tercera Internacional). Por otro lado, como señala Tulio Halperin Donghi, forzaba –o debía forzar– a quienes se proclamaban revolucionarios a una indagación de lo que se entendía por revolución social que superara las imprecisiones políticas y teóricas tanto como remodelara las imaginaciones sobre su acaecer y sobre el tránsito hacia la sociedad emancipada. Pero tal examen requería tanto de un estudio específico del particular itinerario ruso (que para el anarquismo, a diferencia de la mayoría de los socialistas, no podía tampoco detenerse en la evaluación de las condiciones previas necesarias para que una revolución efectivamente se realizara en una nueva sociedad que removiera la vieja desde sus bases), como de un estudio similar para las estrategias viables que podrían desplegarse en el tan distinto escenario argentino.

Para fines de 1921, los principales voceros de lo que cada día eran contingentes más reducidos de militantes anarquistas, ostentaban una furiosa y cerrada crítica de la experiencia bolchevique. En este viraje desde la exaltación inicial a la estigmatización final, influyeron un conjunto de factores sobre los que no puedo detenerme aquí. Sólo mencionaré la decisiva influencia que tuviera en este reposicionamiento lo que era sentido como la disolución de la identidad anarquista, tanto a través de lo que creían era la “marxistización” de ciertos sectores libertarios como en

la potencial pérdida de la principal referencia política e identitaria ácrata, la FORA del V Congreso, que entre 1920 y 1921 parecía correr el riesgo de desaparecer bajo los impulsos fusionistas que darían luego lugar a la USA.¹⁷

A continuación me detendré brevemente en el más acotado campo de las caracterizaciones en las que finalmente decantan las recepciones del proceso revolucionario ruso para los dos sectores que terminarían hegemonizando el movimiento libertario de la Argentina.¹⁸

¹⁷ Una visión de conjunto de los factores y problemas que llevaron a la reevaluación de la revolución rusa por parte de cada una de las corrientes anarquistas, y sus conexiones con la disolución de las formas identitarias del anarquismo finisecular, puede consultarse en Roberto Pittaluga, “La recepción de la revolución rusa en el anarquismo argentino”, tesis de licenciatura, Buenos Aires, marzo de 2000.

¹⁸ Dado que este artículo está centrado en las lecturas de la revolución rusa –y sus distintos momentos–, realizadas por algunas corrientes libertarias, no puedo referirme aquí a las elaboraciones que hiciera el grupo anarco-bolchevique. Sin embargo, tengo que destacar que las lecturas que hizo este grupo, además de ser claves para la comprensión del proceso de recepción, estuvieron orientadas por una voluntad de apropiación de dicha experiencia que implicaba una reformulación de los principios teórico-políticos del anarquismo, a la vez que tenía importantes consecuencias en sus prácticas políticas. Entre estas últimas es sumamente importante destacar que los anarco-bolcheviques encontraron en la revolución rusa una confirmación y una legitimación –además de nuevos elementos teórico-prácticos– para sostener prácticas con perspectivas más abiertamente clasistas que las predominantes hasta entonces en el anarquismo rioplatense, y que ello los llevó a otorgarle mayor centralidad a los conflictos por el control del proceso de trabajo y a colocar la unidad del movimiento obrero y la formación de una organización específicamente política del anarquismo entre sus objetivos prioritarios. Para la trayectoria de la corriente anarco-bolchevique, véase Andreas Doeswijk, “Camaleones y cristalizados: los anarco-bolcheviques rioplatenses, 1917-1930”, Tesis de doctorado, Universidad de Campinas, 1998; para las interpretaciones que este grupo realizara de la revolución rusa, véase Roberto Pittaluga, “Recepciones de la revolución rusa: el caso de los anarco-bolcheviques”, ponencia presentada en las Primeras Jornadas de Historia de las Izquierdas, Buenos Aires, Centro de Documentación e Investigación de la Cultura de Izquierdas en la Argentina, 8 y 9 de diciembre de 2000; para las perspectivas clasistas de sus integrantes incluso una vez disuelta la corriente como tal, véase Fernando López, “El clasismo en los años ’20”, mimeo, 1997.

La crítica del “ejemplo ruso” y el retorno del imaginario utópico-redentor

Ya en 1919, quienes luego de 1921 serían conocidos como los “antorchistas” alertaban sobre las potencialidades burocratizantes de la experiencia soviética, en tanto se trataba de un poder político.¹⁹ Si el bolchevismo parecía ser una vía más rápida a la revolución, era a costa de colaborar con la burguesía a través de la participación política, lo cual no podía tener otro resultado que provocar una escisión entre medios y fines que conduciría a perder de vista los objetivos libertarios e igualitarios: su irremediable resultado sería, quizás, otra sociedad, pero no aquella soñada tierra del Ideal.²⁰ Desde este punto de vista, la impugnación a la revolución rusa descansaba en la distancia que la separaba de lo que debería haber sido una revolución anarquista. No se habían conformado allí las federaciones de asociaciones libres, y la continuidad del Estado, más allá de las justificaciones, venía a marcar la permanencia de la dominación política.²¹ Por otro lado, esas justificaciones del nuevo régimen en tanto sacrificio necesario y transitorio para la defensa de la revolución triunfante eran recusadas desde un razonamiento que volvía a fusionar medios y fines: salvaguardar la revolución no podía llevarse a cabo a través de la implantación de otro Estado, por más que fuera éste un Estado proletario.²² Por lo tanto, la alegada

transitoriedad del régimen soviético, su autodisolución futura, era una ficción, y el paso hacia una sociedad emancipada habría de requerir de otra revolución.²³ Esta argumentación buscaba diluir la oposición entre dictadura burguesa y dictadura proletaria –ya que concebir la revolución como tránsito de la primera a la segunda de las estatalidades mencionadas no era otra cosa que mantener la sujeción de los individuos–, para devolverle la centralidad al antagonismo que los libertarios encarnaban en su cruzada contra el Estado y la Iglesia.

Pero al evaluar estos magros resultados para una revolución que no por ello perdía ese nombre, estos escritores debían indagar las causas que llevaron a ese final: éstas radicaban, a su juicio, en el marxismo de los bolcheviques, pues justamente en dicho *corpus* teórico como en su práctica política, el comunismo –que era en definitiva el objetivo de la revolución– era sinónimo de dictadura del proletariado al estilo jacobino, y la creación de los soviets –materialización de esas ideas– no era más que “una perfecta forma de democracia proletaria”, difícilmente distinguible de las formas parlamentarias y los sistemas electorales que regían en el capitalismo.²⁴ Lo que antes era visto como una necesidad para la supervivencia de la revolución pasó a ser estigmatizado como la razón de su sepultura. No se trataba, entonces, de un momento excepcional debido a las urgencias defensivas de una transformación incompleta porque estaba acosada por fuerzas internas y externas que pugnaban por volver al pasado; por el contrario, la dictadura del proletariado era la nueva forma que asumían las fuerzas que pretendían aplastar lo genuinamente revolucionario de la gesta rusa, y particularmente la manifestación

A pesar de haber realizado el más importante y detallado trabajo sobre los anarco-bolcheviques, Andreas Doeswijk simplifica las elaboraciones que hiciera este grupo sobre la revolución rusa.

¹⁹ *Tribuna Proletaria*, No. 14, 13 de agosto de 1919, p. 1.

²⁰ *Ibid.*, No. 27, 28 de agosto de 1919, p. 1.

²¹ *Ibid.*, p. 1.

²² *Ibid.*, No. 46, 19 de septiembre de 1919, p. 2. Artículo firmado por Fernando del Intento, que fue director de *Ideas* (La Plata), y que junto con *Tribuna Proletaria* (y luego *La Antorcha*), y con *Pampa Libre* (La Pampa), conformaban las principales publicaciones del “antorchismo”.

²³ Teodoro Antillí, *Comunismo y anarquía*, Buenos Aires, Grupo Editor Acracia, 1919, p. 13.

²⁴ *Ibid.*, pp. 21 y 22.

más elocuente de “la nueva casta surgida del partido comunista”.²⁵ La práctica bolchevique, orientada hacia “la conquista del poder”, no podía más que desembocar en la formación de un nuevo tipo de dominación, pues a diferencia de la “revolución social” que propugnaba el anarquismo, la “revolución política” no tenía connotaciones de transformación del orden social sino tan sólo la apropiación del poder por esa “nueva casta”.²⁶ Esta característica “política” del marxismo —además de sus concepciones de un “estrecho clasismo”— constituían una “valla infranqueable” que lo separaba del anarquismo, a pesar del reconocimiento de un origen común de ambas corrientes.²⁷

De tal forma, lo que emergía con el “sovietismo” era otra forma de poder político, en rigor una de las formas de la democracia, soviética allá, parlamentaria aquí. Octubre de 1917, anteriormente nominado como el inicio de una revolución destinada a ser la aurora de una nueva época, pasó a ser designado como el “golpe de Estado” que permitió a los bolcheviques encaramarse en el poder, y punto de corte entre dos momentos de la revolución rusa, el momento libertario y el autoritario. Instituir este corte interno en el proceso revolucionario entre esa fase verdaderamente revolucionaria y el inicio de la etapa que ahora se criticaba ácidamente, posibilitaba sostener una tradición revolucionaria autoritaria para el bolchevismo (desde el jacobinismo a la dictadura del proletariado, pasando por la teoría marxista) contrapuesta a otra, libertaria, que enlazaba en una misma genealogía al anarquismo contemporáneo con la Conspiración de los Iguales de Babeuf.²⁸ Para apoyar

esta revisión de la revolución en Rusia desplegaron un importante política editorial de folletos, y las páginas de sus periódicos (sobre todo del *Suplemento Semanal* de *La Protesta*, lugar de explicitación, discusión y propagación de las ideas y la doctrina anarquista, como decían sus editores)²⁹ se cargaron de artículos dedicados a narrar otra historia para la revolución rusa, buscando reconstruir el protagonismo libertario en la misma, tarea en la que jugaron un rol relevante las más prestigiosas plumas del anarquismo internacional.

Este desdoblamiento entre etapas o fases antagónicas en la revolución rusa que delimitaba con claridad lo que fuera una auténtica revolución social y lo que ahora pasaba a denominarse como la traición bolchevique, estaba orientada más que por propósitos vinculados con la elucidación profunda del acontecimiento ruso y su significación histórica, por la necesidad de resituar las conexiones entre esa revolución y las ideas anarquistas, reproduciendo esa delimitación entre la dimensión libertaria y la autoritaria de la revolución en los futuros implícitos de las distintas corrientes de la izquierda actuantes en el ámbito local. Si, como creían estos anarquistas, lo que estaba en juego era la permanencia del anarquismo como corriente ideológica y como movimiento autónomo, no es extraño que “antorchistas” y “protestistas” atacaran al unísono el emprendimiento de fusión de las federaciones obreras que promovían sindicalistas y anarco-bolcheviques, planteando que las propuestas de organización del movimiento obrero que estas corrientes alentaban eran la lógica consecuencia de una concepción de la revolución derivada de la experiencia rusa, limitando por ello la acción obrera a los estre-

²⁵ “Estado y burocracia”, en *La Protesta. Suplemento Semanal*, No. 2, 16 de enero de 1922, p. 5.

²⁶ *La Protesta. Suplemento Semanal*, No. 1, 16 de enero de 1922, p. 1. El mismo razonamiento se esgrime en numerosos artículos posteriores.

²⁷ *La Protesta. Suplemento Semanal*, No. 2, cit., p. 5.

²⁸ “La consolidación de los derechos adquiridos”, en *La Protesta. Suplemento Semanal*, No. 8, 27 de febrero

de 1922, p. 1. Cf. también, entre otros números, el No. 2 (16 de enero de 1922), No. 4 (30 de enero de 1922), No. 10 (13 de marzo de 1922), No. 14 (10 de abril de 1922), No. 15 (17 de abril de 1922).

²⁹ *La Protesta. Suplemento Semanal*, No. 1, cit., p. 1.

chos objetivos de “establecer la dictadura del proletariado y reemplazar al capitalismo en sus funciones económicas”, un programa claramente “economicista” por cuanto la revolución comprendía sólo la subversión de las relaciones de explotación económica.³⁰ La tarea de derribar la tentativa fusionista era por demás imperiosa en tanto implicaba despejar “estos momentos de confusión” en que se hallaba la militancia libertaria, confusión que provenía de las tendencias bolcheviques y de la fascinación sentimental que había causado la revolución rusa.³¹

Estas lecturas de la revolución rusa que se limitaban a señalar su dimensión subversiva en el plano de la explotación económica fueron también finalmente abandonadas, pues en definitiva –razonaban– los trabajadores seguían siendo asalariados, sólo que bajo el Estado-patrón era un partido político el que se había transformado en el único burgués. Además, al equiparar la estatización de los medios de producción con la trustificación del capitalismo occidental no sólo sostenían que el sistema soviético había dejado intacto el orden social sino que era la más reciente forma que asumía el capitalismo, ya que “el capitalismo de Estado no es otra cosa que el Super-Estado capitalista, esto es, el capitalismo transformado de hecho en Estado”.³² Si la revolución bolchevique significaba la continuación del capitalismo, era posible extraer de ello una lección: los bolcheviques habrían demostrado cómo no había que hacer una revolución.³³

³⁰ Consejo Federal de la FORA Comunista, “El problema de la unidad obrera”, Buenos Aires, edición de La Protesta y Consejo Federal de la FORA Comunista, enero de 1922, p. 2.

³¹ *Ibid.*, p. 14.

³² “Los anarquistas y la revolución rusa”, en *La Protesta. Suplemento Semanal*, No. 88, 24 de septiembre de 1923, p. 1.

³³ “La lección de la Revolución Rusa”, en *La Protesta. Suplemento Semanal*, No. 15, 17 de abril de 1922, p. 2, tomado de *Arb Freind*, No. 5, 18 de febrero de 1922 y firmado por Sacha Pietro.

El vuelco en las caracterizaciones cristalizó en la construcción de la figura del “pérfido bolchevique”, ese “demócrata que aspira a agarrar el poder, a organizar y a mandar a las masas”, como se lo describía en las páginas de *La Antorcha*.³⁴ Su imagen, la del “enemigo más peligroso” del anarquismo, mezclaba astucia con seducción y su posición amenazante residía en su capacidad de intervención política a la par que ocultaba sus verdaderos intereses.³⁵ Esta virtualidad del bolchevismo anidaba en esa combinación de marxismo y democracia, en la cual el socialismo marxista había encontrado la forma de construir un poder disciplinador que, tras la fachada de la fraseología revolucionaria, mantenía inalterado el esquema de opresión. O, desde otro ángulo –como se hacía desde *La Protesta*–, era posible identificar el bolchevismo como parte de un mismo proceso contrarrevolucionario que más allá de sus diferentes expresiones tenía en común su articulación desde el *corpus* marxista: bajo la forma del “marxismo democrático” de Ebert, del “marxismo bolchevique” de Lenin o del “marxismo fascista” de Mussolini, las viejas instituciones e ideas burguesas que entraron en crisis desde la guerra mundial estaban siendo reemplazadas por el marxismo, pero sólo para mantener inalterado el proceso histórico capitalista.³⁶ Aun así, desde una u otra de estas perspectivas, el movimiento que había surgido con la revolución rusa mantenía una dimensión universal tanto como el estatuto de ser el inicio de un nuevo tiempo histórico, ya que era la concreción de una de las nuevas formas de dominación sobre los oprimidos que reemplazarían, paulatinamente, a la desvencijada y ya anticuada “democracia burguesa”.

³⁴ “El espíritu de clase del bolchevismo y del sindicalismo revolucionario”, en *La Antorcha*, No. 63, 8 de diciembre de 1922, p. 3.

³⁵ *Ibid.*, p. 3.

³⁶ *La Protesta. Suplemento Semanal*, No. 88, cit., pp. 1-2.

Breve conclusión

Hacia fines de 1924 poco queda, en el anarquismo, que se identifique con la revolución rusa. Lo más importante quizás, porque permitió en su momento esas lecturas esperanzadas de la revolución, fue que la actividad huelguística y movilizadora de gran parte de los trabajadores en la inmediata posguerra se trocó en pasividad desde 1922. Aún así, las intervenciones en torno de la revolución rusa seguirán hasta los años finales de la década.

No es necesario remarcar que fue la sensibilidad de los escritores anarquistas ante las tendencias autoritarias presentes en la revolución rusa uno de los factores determinantes a la hora de replantear sus posiciones respecto de la misma. Aun así, muchas de sus intervenciones tienen además otras motivaciones. Más que a desentrañar los derroteros del proceso ruso, parecen haber estado dirigidas a reconstituir el imaginario revolucionario anarquista tras el profundo impacto a que lo sometiera la revolución rusa, un imaginario que aunque vagamente elaborado tenía de todas formas una profunda inscripción en su configuración identitaria. En tanto las imaginaciones anarquistas de la revolución social reposaban sobre todo en sus dimensiones morales e ideológicas, eran útiles herramientas con las que confrontar la trayectoria que tomaba la revolu-

ción rusa. Desde el atrincheramiento principista, que suturaba la distancia entre lo que sucedía y lo que se anhelaba que sucediera, los anarquistas rioplatenses se propusieron recuperar las representaciones utópicas y redentoras de la revolución y afirmar la ética libertaria, que no era más que reafirmar su distintiva identidad. Así, desde 1924 se publicó una profusa cantidad de artículos que intentaban precisar las ideas anarquistas en torno de la revolución imaginada. Algunas cuestiones clave fueron abordadas en clara confrontación con lo que decían era la concepción revolucionaria del marxismo, pero más que nada con ese nuevo imaginario revolucionario en el que las trazas de la experiencia bolchevique –descifrada en términos sumamente esquemáticos– parecen haber sido de una densidad sólo reconocida por la hegemonía que alcanzó varios años después. Las corrientes anarquistas se propusieron entonces recuperar los rasgos del imaginario ácrata como parte de la recomposición de su perfil militante y revolucionario. Las claves milenaristas y apocalípticas nutrieron nuevamente las ideas que sobre la revolución propiciada tenían los pequeños cenáculos libertarios. Sin embargo, tanto el universo de la izquierda militante –e incluso el ya pequeño mundo del anarquismo local– como las imágenes de la revolución habían sido drásticamente tocados por la revolución rusa. □